
SECCION DE MEDICINA LEGAL

UN DESEQUILIBRADO DESARMONICO

(*Médico Legista ponente, Dr. Agustín Piedrahita R.*)

Medellín, 10 de abril de 1933

Los suscritos médicos legistas, bajo la gravedad del juramento que tienen prestado: exponen:

En cuatro días distintos de este mes y del pasado examinamos a R. G. A., con el fin de conceptuar sobre lo solicitado a folios 258, a saber: "si es o no un hombre de mentalidad normal, teniendo en cuenta la reiteración continua en delitos de falsedad y estafa, las taras hereditarias, su temperamento, enfermedades, etc.

R. G. A., de unos treinta y cinco años de edad, soltero, tiene una historia criminal en delitos de falsedad, estafa y perjurios, tan extensa y compleja que es difícil referirnos a ella en detalles; además, en el largo expediente está historizada y para el fin que nos proponemos es inútil tratarla en esta exposición.

G. era un modesto carpintero, más dedicado a leer que a hacer su oficio; conoció algunos códigos y empezó a abandonar la carpintería para dedicarse a "rabuliar". Hombre malicioso y audaz, ideó la manera de conseguir una casa, para lo cual se hizo hacer la escritura de un sujeto que aparecía como verdadero dueño, P. B. De ahí en adelante, P. B. desdobló su personalidad; uno, el verdadero, lo describen así: inhábil (tullido), tímido, abobado y de poca malicia, y el falso, de treinta y cinco años de edad, moreno, bajito, pasudo, usa saco de dril, pantalón de paño, descalzo en la semana, liberal y filosófico, o bajito, robusto, blanco, vestido de dril, descalzo y bien parado.

Sorprendido G. en la estafa, empezó a defenderse valiéndose de toda clase de procedimientos, con un ingenio defectuoso, pues todo lo que lo graba era hacer trabajar demasiado a las autoridades, enredar la cuestión y agravar su situación cayendo en contradicciones y haciendo evidente los perjurios frecuentes. Empezó por hacer toda clase de cargos al falso B., acusándolo, entre otras cosas, de homicidios, para lo cual citaba testigos imaginarios o desaparecidos. Para demostrar otras cuestiones, al parecer inconducentes, movilizó la fuerza del bajo fondo social, haciéndolo declarar falsedades. Parece que en sus procedimientos buscaba la forma de

no hacer mal, salvo a los acusados, cuya existencia no se logró demostrar. Ideó como testigo a un franciscano que no existe y él mismo aparece con nombre supuesto, en distintos lugares, ya como testigo, ya como abogado. Y cuando no necesita los testigos imaginarios o cuando quiere activar el negocio, los hace desaparecer de la escena inesperada y dramáticamente, triturados por un caimán o en la catástrofe del río Otún.

Al abandonar un personaje, persigue a otro, siempre tratando de enredar, procurando su defensa. Hoy inventa unos amoríos de un honorable anciano; una historia de un incesto de un sujeto que ni siquiera existe; más tarde, ya perdido, carga de frente contra un sujeto real, P. B., y le hace cargos graves no demostrados y, no contento con esto, lo hace interesar por una mujer, con engaños lo hace ir a un extramuro e intenta hacerlo desaparecer. Así consta en el expediente, aun cuando no está probado.

De su grande actividad y dudoso juicio para procurar la libertad, en lo cual demuestra la más firme voluntad de burlar a las autoridades, lo único que logra es caer en actos punibles, hundirse más.

De la cárcel se huye mediante una falsa orden de libertad, con todos los requisitos legales, sellos y firmas. No se ha logrado saber cómo procedió pero hay que aceptar la intervención de terceros, la sustracción de sellos y la falsificación de firmas.

Otra vez se huye de una colonia penal y sale a viajar con la falsa condición de Hermano Franciscano. Hace una vida aventurera, criminal y cómica.

Antes de referirnos a las fechorías de ese viaje y que él mismo relata, es necesario conocerlo un poco: Es un mestizo delgado, de talla pequeña, cuello largo, boca grande, ojos menudos, apagados ordinariamente, brazos largos, cabello ensortijado con corte alto (a lo fraile); sonríe mucho, discretamente, mostrando una gran dentadura; la actitud, ordinariamente beatífica; la pronunciación suave, ligera; la conversación, movida, rápida, llena de citas y salpicada de latinazgos. No concreta, da vueltas, su imaginación vuela por todas partes antes de llegar al objetivo que se propone. Se viste desaliñadamente, cubriéndose con una ruana grande; usa sandalias viejas y raídas, restos de sus andanzas. El conjunto da una vaga impresión de caricatura de fraile y a veces la idea precisa de un tipo feminoide.

Cuenta que compró al director de la colonia penal y que salió a viajar. Mandó hacer un hábito dizque para enterrar a su hermano gemelo, se puso la indumentaria, y los restos del paño los vendió como reliquias de San Francisco y de San Antonio. Y explica: "imitar es cualidad del género humano; yo conocí un hermano franciscano que cometía la simonía", y la definió: "Vendía medallas y otras cosas. Yo le imité".

Más adelante encontró la osamenta de un perro. Por casualidad (aquí hizo una larga digresión sobre lo que es la casualidad), golpeó un dien-

te y cayó. Este espectáculo lo puso a meditar sobre el fin del hombre: “Tierra”, y largó la consabida frase en latín. Siguió golpeando los dientes y los recogió; les inventó una leyenda y los vendió como reliquia por cuatro pesos, no sin antes haber tenido con ellos un éxito, aplicándolos en el vientre de una mujer que daba a luz, mientras él oraba. Después, explotando siempre su falsa condición, vendió medallas, camándulas y tierra de los Santos Lugares. Dice que en estos negocios obtuvo un gran éxito pecuniario con los carbones del Templo de Jerusalén. Ocurrió así: conversando con un sacerdote sobre las ruinas de Jerusalén “destruidas por Tito en el año 70 a. de J., en los días en que se dijo que los Franciscanos eran poseedores de ellas, final del pleito que tenían los Templarios, la Compañía de Jesús, los Cartujos, los Franciscanos, le dijo tener de esos carbones y los ofreció; el socio se fue a quemar carbón al río La Vieja, previa compra de puntas de cedro; quemó tres tercios y les hizo \$ 80. Pero hay que advertir que, como siempre, se hace el inocente e inventa una leyenda compleja para echar la responsabilidad sobre un sacerdote dizque interesado en el negocio.

Siguió en la correría explotando su falsa condición, pidiendo limosnas, vendiendo medallas, camándulas y tierra; dice que fue solicitado para confesiones, matrimonios, bautizos y, finalmente, hizo retiros espirituales en diversos lugares. En El Carmen hizo los últimos, que no alcanzó a terminar porque, una vez, al finalizar un sermón y echar la bendición a los fieles, se acercaron varios detectives a que los bendijera y lo aprehendieron.

En la prisión, G. se dedica a leer, a hacer defensas para sus compañeros, a leerles en alta voz y a cocinar. Todos lo quieren, lo admiran y buscan su compañía. Cuando sale a la calle, muchos se acercan a saludarlo, a oírlo y a obsequiarlo. Esta popularidad lo ha envanecido.

Una vez estuvo en esta oficina con la madre, una buena y sencilla viejecita; muy atento y expresivo se mostró con ella. Por informes que tenemos, nunca la olvida y siempre que ha podido ha cumplido con el deber de procurarle la subsistencia. Como le hiciéramos algunas preguntas sobre los antecedentes de su hijo y dijera que desde pequeño es “descerebrado”, esto exaltó a G. en una forma que nos era desconocida; se demudó, se puso pálido y tembloroso y de manera espectacular y en desorden dijo más o menos: —Loco yo! Loco yo! Nosce te ipsum. Conócete a ti mismo. No diga eso J. Usted qué va a saber quién es el rey de España ni don Pablo Morillo. Usted J. es una pobre sirvienta. Yo no tolero que me digan loco, como me dijo un magistrado, “histérico” que viene de útero. Yo no sé escribir pero tumbé bolo en Cartago desde que el padre N. dijo que yo era el Bossuet colombiano. Yo no respeto a nadie en gramática, filosofía y literatura. Yo salgo del presidio y pongo mi imprenta para ganarle a los jesuitas. Compró un carro de bestias para llevar aguamaza para que J. engorde marranos y por la noche la pongo a oír lo que escribo. Yo sé más

que Bossuet. Yo no me visto porque no me gusta. Yo tengo, pero quiero llevar un apostolado. Yo respeto el cuarto mandamiento. Los Druidas y los Celtas mataban a los padres cuando estaban viejos; el moralista chino, Confucio, creó el amor a los padres. Bossuet! Uno tiene que hacerse como Bossuet. Usted me hace mal a mi, J. Loco le dijeron a Colón y a Cristo. Hay que hacer un apostolado. Cristo dijo: “Amáos los unos a los otros” y el mundo se transformó en un edén. La verdad es la conformidad del entendimiento con la cosa y San Buenaventura fue más allá al decir: “Verdad es lo que es”. Y, aplicando la metafísica, diremos que Dios existe. Descartes dijo: “Pienso, luego soy”. Usted no, J. Yo sé más que Bossuet, más que Fenelón. Tengo pleno derecho para demostrar que soy un sabio. A medida que aumentaba el calor del discurso se dirigía al balcón en busca de auditorio.

Otro día, como le preguntáramos si era difícil conseguir un testigo falso, habló largamente para decir finalmente: —El dolor une las almas; puede haber fricciones pasajeras para luego renacer el aprecio mutuo; todos, casi todos, están dispuestos a ayudarsen, siempre que al declarar no se cause males a terceros o cuando se trate de favorecer al amigo. Y como, diecietamente, le llamáramos la atención sobre el poco respeto al juramento, volvió en consideraciones y divagaciones sobre la justicia y la vida de reclusión y sobre otras cuestiones. Pudimos, de su largo discurso, distinguir algunas ideas claras: “Si un veneno se disuelve en un vaso con agua y luego se vota, en las paredes del vaso resta algo de veneno o el que vive en ese medio se contamina necesariamente. Yo no sé, quizás soy creyente, pero a uno le choca que, habiendo Moisés observado fenómenos naturales, sus conclusiones o sus palabras se le atribuyan a Dios; por ejemplo: romperse un huevo, allí terminó el huevo, se pudre y se trasforma en tierra —yo lo he visto— y que él por esa observación, haya dicho que polvo somos y en polvo nos convertimos y que luego esa expresión se la atribuye a Dios!... Pero al notar G. que había aceptado el supuesto de procurarse testigos falsos cada vez que los necesitaba, divagó nuevamente sobre la justicia humana, tratando de orientar la conversación hacia otras cuestiones.

G. anda siempre buscando auditorio; se exhibe con su aspecto humilde y su fondo vanidoso. Nos ha reiterado la invitación a un jurado que le celebrarán, en el cual él será su propio defensor. Al hablar se cuida de contradecir, de desagradar, y a cada paso se deshace en requiebros zalameros, disculpas, zahumerios y adulaciones. Veamos cómo se dirige a algunos funcionarios: “Señor Alcalde Municipal. (El ilustrado doctor N. V. B.)” “Al honorable señor secretario de Gobierno Municipal (El vidente sociólogo, gran jurista y honrado criterio joven)” “Doctor R. R. M., E. S. D.” “Culto señor doctor”. “Augusta persona y sublime criterio del honorable señor Juez 2º Superior, honorable repúblico doctor C. E. A.”. Y a un personaje liberal trata de con-

moverlo hablándole de sus doctrinas, no sin referirse de manera emocionada a las cenizas del “Mártir del Capitolio”.

El padre de G. fue un alcohólico crónico que murió de neumonía hace bastantes años. La madre es una mulata pequeña, de aspecto sano y de regular conformación física.

Informan que G. asistió irregularmente a la escuela durante unos dos años, que acostumbraba con frecuencia vagar por las mangas y que esas ausencias duraban hasta tres días, al cabo de los cuales llegaba hambriento, pálido, flaco y enfermizo, pues dizque se alimentaba con frutas y dormía en cualquiera parte.

Le dio trabajo orientarse en la carpintería; se demoró mucho en el aprendizaje por falta de constancia y logró muy pocos progresos en su oficio.

Dice la madre que ha sido amable y cariñoso; que es elevado, inconstante, estravagante y que siempre anda con ideas raras.

No precisa enfermedades; ha estado enfermo a veces pero no de manera grave. Lo han visto varios médicos para enfermedades imprecisas pero le tiene temor a las drogas porque leyó que un médico encontró en el cadáver de un individuo los huesos de color verde porque le habían dado remedios que contenían cobre y mercurio.

R. G. A. es, según lo expuesto, *un desequilibrado desarmónico*, en quien se aprecian lagunas y excesos de los elementos psíquicos. La imaginación, la expresión y la memoria son cualidades intelectuales bien desarrolladas; el juicio, la rectitud de espíritu la unidad de dirección, son defectuosos. Es estafador, utopista, teorizante. Demuestra sensibilidad afectiva, dirigida especialmente a la madre. Tiene un buen grado de perversión del sentido moral. La espontaneidad predomina sobre la reflexión, de ahí la inestabilidad, el contraste en las ideas, la movilidad y la comicidad en el discurso. Es vanidoso en sumo grado: se siente grande, sabio, incomprendido.

La etiología de este estado degenerativo bien pudiera ser la herencia alcohólica agregada a los defectos del medio social.

Agustín PIEDRAHITA R.

